

## CAPITULO XI

# SHUBRAH

Enero 26 de 1873.

**J**OVEN amigo, me dijo el capitán Felletti al despertar, mientras hacia su «toilette» en camiseta y pantuflas; me es preciso corresponder la amable invitación que vd. me ha hecho para visitar el llamado árbol de la Virgen, y por esta razón convido á vd. para que me acompañe hoy á Shubrah.

—De mil amores, le contesté, y estoy á la disposición de vd. desde luego.

Inmediatamente salté de la cama, y logré estar listo, aun antes que el viejo marino. Bajamos al comedor, tomamos el almuerzo y partimos.

Al pasar por el Muski, nos sorprendió el innumerable gentío que poblaba la calle. Pregunté á un muchacho qué significaba aquel alboroto, y me contestó que se esperaba el cortejo que iba á conducir á la princesa casada con el hijo del virey, á la casa de su esposo. Cúponos curiosidad de ver aquella comitiva, pues creímos sería muy lucida, y mucho habría de encerrar de curioso; y antes de tomar el camino de Shubrah, nos instalamos en un café, donde esperamos una

hora. Al cabo de ella se oyó en el Muski grande algazara. Pusímonos á la puerta del café el capitán y yo, y fuémos preciso encaramarnos sobre unas sillas, porque la multitud que se apiñaba á nuestro frente, nos cerraba la vista. Por fin llegó la comitiva régia. Por delante venia muchedumbre de chicos dando gritos agudos, y agitando en las manos, ramas verdes de árbol, en señal de enhorabuena.

Abria la marcha un cuerpo de caballería vestido á la turca; seguia otro de coraceros, á la inglesa; otro de cazadores, á la francesa; y otro finalmente, que llevaba cotas de malla y pequeños casquetes de fierro terminados en punta, como se usaba en la Edad-Media.

Los eunucos seguian luego y presidian inmediatamente á la comitiva. Todos eran negros y rollizos; su semblante regordete y sin barba, asemejábase al de los muchachos que entran apenas en la adolescencia. Y habia algunos ya maduros y aun viejos entre ellos; pero ninguno parecia mayor que los otros. Vestidos de paño azul, en traje militar europeo, y cubiertos de galones, montaban soberbios caballos. Su aire era extremadamente altanero, y apenas se dignaban posar sus ojos sobre la multitud. Se dice que el jefe de ellos es sumamente respetado en la corte, que el virey le pide siempre consejo, y que en el palacio de Ismail-Pashá no se hace sino lo que él ordena.

Tras de los eunucos venian las mujeres del virey, en elegantes cupés, á la inglesa, tirados por hermosísimos brutos negros y roanos. Las mujeres del virey son en su mayor parte, segun se dice, de la Circasia, de la Georgia y de Constantinopla. Entre ellas se cuenta una francesa, con gran escándalo del pueblo egipcio.

Las cortinas de los cupés estaban cuidadosamente corridas; pero las mujeres que iban en el interior, las apartaban con la mano, curiosas de ver la calle que poco conocen, y esta multitud de gente que se llama mundo y que tantos atractivos tiene cuando de lejos se le mira.

Los rostros que se veian aparecer por la portezuela, solian ser de belleza extrema; rostros blancos y sonrosados, de perfil correcto,



y magníficos ojos negros. El velo que los cubría en parte, era de excesiva finura, así que al través de él, como al través de un cristal, se distinguían las narices correctas, los óvalos intachables del semblante, y las pequeñas bocas rojas y sonrientes, como botones de rosa comenzando á abrirse.

Tal vez el misterio que rodea á esas beldades, derrame cierto interés particular sobre sus encantos; y acaso á la influencia de ese misterio, el alma preste á su hermosura real los espléndidos destellos de la fantasía. Mucho ha de haber de esto, queridos lectores, y mucho ha de haber habido en mí, en el momento en que ví asomadas á las portezuelas de los cupés, las caras de las huríes del harem del Khédive; pero en verdad aseguro que aun consideradas imparcialmente las cosas, las huríes de Ismaíl-Pashá son dignas del paraíso de Mahoma.

El coche de la princesa venía á continuación; era grande, pesado y lleno de dorados, como los de los lores ingleses. Seis soberbios caballos alazanes de la Arabia, tiraban el colosal y suntuoso armatoste; y sus ricas guarniciones cargadas de oro y plata, resplandecían con los reflejos del sol meridiano.

Dos «seids» vestidos con suma elegancia, conducían por la brida los dos primeros caballos del elegante tiro; en tanto que el cochero inglés, que se pavoneaba sobre su alto asiento de cojines de terciopelo rojo, mostraba en su semblante la gravedad de un estadista, metido dentro de sus enormes calzas de ante, su casaca con botones de oro, sus espantables cuellos blancos como ampo de nieve, y su sombrero montado y con plumas, calado hasta las cejas napoleónicamente. Dos lacayos de pié, vestidos á la Luis XV, iban como estatuas á la espalda del coche, asidos á gruesos cordones de seda carmesí, terminados por borlas gigantescas.

Cerraba la marcha muchedumbre de carruajes de damas de la corte, mujeres de los banqueros y cónsules, y simples curiosos, que seguían la comitiva sin verla. Tres músicas de caballería venían mezcla-

das con la larga fila de coches, y llenaban los aires con sus armonías discordantes.

Detrás se precipitaba la multitud, haciendo inmensa algazara y agitando en alto las manos, en muestra de regocijo.

Las fiestas de los mahometanos son siempre extremas: ora silenciosas y tristes como un duelo, ora ruidosas como una locura. El término medio es en ellas desconocido. La policía no toma parte para poner coto á los desórdenes de la multitud; así que la agitación ó la calma nace espontáneamente del pueblo.—

Poco después de haber llegado al Cairo, me sorprendía al ver que la población entera callaba; pero más tarde tuve ocasión de conocer que los mahometanos saben abandonarse también á las alegrías más estrepitosas. Creo que el principal motivo de la gravedad ordinaria de los pueblos musulmanes, es el poco uso que en ellos se hace del vino, á causa de la prohibición terminante que hace de él Mahoma á sus sectarios. Solo que desgraciadamente comienzan á pulular en estos últimos tiempos los libre-pensadores, aun en los países orientales; y de aquí resulta que los protestantes del Corán, proclamando el libre exámen en sus versículos, saben sacar de sus profundas elucubraciones, el fruto de permitirse beber vino hasta el embrutecimiento.

De aquí procede que á las veces, á despecho del profeta, las reuniones públicas en Egipto huelan á alcohol como las cristianas. Y siempre que este olorillo circula por esas reuniones, hay gritos, riñas y escándalos, como es costumbre en nuestros países. El ejército, por supuesto, como formado por gente brava y despreocupada, marcha á la vanguardia de este progreso hácia las luces. Y esto lo digo, porque he visto mil veces á los oficiales y los soldados dando traspies por las calles del Cairo. En una ocasión, encontrándome en el jardín del Ezbekieh, ví á los oficiales del Estado Mayor del Khédive completamente beodos. Sentáronse á oír la música, que á la sazón tocaba en un kiosco, ocupando las sillas de fierro de alquiler que ha-

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID  
CAPILLA ALFONSO X



bia en aquel sitio. Uno de los guardianes del jardín se acercó á los oficiales y les pidió el precio del asiento; ellos no quisieron pagar; insistió el guardian, y ellos por respuesta lo colmaron de injurias, y uno de los mas valientes se levantó para pagarle con bofetadas. Sus compañeros lo detuvieron mientras el guardian se puso á buen recaudo, y el Estado Mayor del Khédive, valido de su militarismo y su beodez, robó á aquel pobre hombre á razon de veinte céntimos por persona. Esta escena no me tomó de nuevo, porque otras de la misma especie, y aun peores, son cosa corriente en la República mexicana. —

Esperamos el capitán y yo que pasara la multitud, y tan luego como la calle estuvo despejada, nos pusimos en marcha á nuestro destino. Largo rato anduvimos antes de salir del Cairo, que por esta parte mucho se extiende. Felletti se empeñó en que hiciéramos á pié la excursion, porque á mengua tenia ponerse á horcajadas sobre un asno. Llegamos por fin á Shubrah.

Shubrah es una larguísima avenida de árboles corpulentos, que cuentan siglos de existencia. Es el paseo predilecto de los habitantes del Cairo, por la frescura que en él se respira aun en medio de los estíos mas ardientes. Aquí vienen á pasear en elegantes carruajes los cortesanos y banqueros, haciendo ostentacion de sus caballos, sus jaeces, sus coches y vestidos, y de otra multitud de frivolidades que constituyen la gloria de los petimetres de ambos sexos.

Esta avenida conduce á los magníficos jardines que fueron en otro tiempo del príncipe Halim, y hoy pertenecen al virey. Por ambos lados del camino se levantan pintorescas casas de campo, mas ó menos fastuosas; pero siempre ventajosamente colocadas en medio de deliciosos jardines. Entre todas estas habitaciones campestres distínguese el grandioso palacio «Kasr-el-Nussa,» cercado de un enrejado de fierro, y levantando por encima del follaje del jardín, su soberbia mole pintada de rojo y coronada de pizarras.

Cerca de este palacio se encuentra el convento de las Hermanas del Buen Pastor, establecimiento de beneficencia fundado y dirigido

por damas francesas, y que es á la vez hospicio, colegio, asilo y retiro de pecadoras arrepentidas.

El capitán me llevó á la casa de un paisano suyo, el Sr. Ciccolani, que está muy cerca del convento. Esta «villa» es evidentemente la mas fastuosa de cuantas hay en la larga avenida. Es un hermosísimo y extenso jardín, donde se encuentra inmensa variedad de árboles frutales, de flores raras, de grutas, de kioscos, de fuentes y de todo aquello, en fin, que puede contribuir de alguna manera para alegrar la vista y deleitarla. Hora y media empleamos en recorrer el jardín, fijándonos en las curiosidades que encierra, y tomando todo el gusto debido á su hermoso plan, á su conjunto armonioso y á sus graciosos detalles.

La casa de habitacion se encuentra en el punto céntrico de aquel pequeño eden, y es un verdadero palacio de hadas, por su feliz posicion y por su elegante y fantástica estructura. Hace cuatro años que el «signore» Ciccolani se ocupa en formarse este suntuoso retiro, y todavía no se concluyen los trabajos. Lo principal sin embargo está terminado. La casa es de mármol blanco y tiene tres pisos. El terrado, formado al gusto árabe, es una de las partes mas bellas del edificio, adornado con grandes jarrones y estatuas de mármol. Desde allí se domina el jardín, y aquel panorama es el compendio y tipo de las elegantes églogas del siglo XIX, mezcladas por iguales partes de arte y naturaleza. Los artesonados, la pintura y la escultura que decoran las habitaciones, son de alto mérito, pues el propietario ha hecho venir de Italia á los mejores artistas para que embellezcan su «villa.» Hasta el momento en que estuve en la quinta, el dueño llevaba gastados en ella dos millones de francos, lo que viene á ser cuatrocientos mil pesos de nuestra moneda. Pero en cambio, el Sr. Ciccolani puede tener la satisfaccion de poseer la mas hermosa «villa» del Cairo, y tal vez del Egipto; y segun la expresion de Francisco Lavernay, la «villa» de que hablamos «parece deber resumir todo cuanto la riqueza, el gusto, el arte y la fantasía pueden



acumular en materia de dorados, pintura, escultura y arquitectura.»

Ciccolani es uno de tantos aventureros europeos que llegados á Egipto miserables, merced á su industria ó su fortuna adquieren en poco tiempo colosales riquezas. El capitán Felletti me aseguró haber conocido á Ciccolani vendiendo fruta en las calles de Génova, conduciendo delante de sí un pequeño carro.

—Muy buenas manzanas vendía su excelencia, me dijo riendo el viejo marino, y yo se las compraba diariamente.

Pero hoy han cambiado tanto las cosas, que Felletti anda errante y pobre en este Egipto, donde Ciccolani es ya una potencia y donde no será difícil se truequen los papeles de tal suerte, que Felletti se vea obligado á arrastrar por las calles su carrito de fruta, y Ciccolani se llegue á él para comprarle manzanas. Pensando en esto el viejo marino se ponía demudado de cólera, y no podía convenir estuviere bien que Ciccolani fuese rico, siendo «tan canalla.» Lo que prueba que, aun los mejores republicanos como Felletti, se dejan llevar de ciertos humos aristocráticos, cuando se comparan con los individuos de las clases inferiores.

Mucho se teme, sin embargo, que Ciccolani quede un día de nuevo en la miseria, porque habiéndose desposado con una jóven, siendo ya viejo, se ha vuelto un loco y hace gastos excesivos. Esta posibilidad de su ruina, deleitaba mucho al capitán, porque el buen viejo estaba poseído de negrísima envidia hácia su paisano.—

Pasado el calor del día, regresamos al Cairo el capitán y yo, y nos detuvimos á descansar y oír la música en el hermosísimo jardín del Ezbekieh. Al declinar la tarde nos dirigimos al hotel, y llegada la noche fuimos á la ópera.

El teatro, aunque pequeño, es sumamente hermoso, formado por un edificio que da frente al Ezbekieh, aislado y rodeado asimismo por un jardín cercado con una verja de fierro. El interior del teatro es enteramente conforme al gusto italiano, que es el mejor de todos en mi concepto. Los palcos y las galerías se encuentran colocados en

una misma perpendicular; de manera que no hay balcones salientes como en Inglaterra y Francia, y por consiguiente no hay oscuridad, y luce bien la concurrencia. El alumbrado es espléndido, y las butacas del patio sumamente cómodas y lujosas, llenas de resortes y forradas de terciopelo carmesí. Los palcos que ocupan las mujeres del virey están velados por medio de una gasa blanca, de modo que quedan invisibles para la concurrencia.

La ópera es empresa particular del Khédive. De su cuenta vienen las mejores compañías de Europa, que él manda traer por deleite propio. Con el fin de hacer los menos gastos posibles, ha franqueado la entrada al público, pero los precios de ingreso á la ópera son exorbitantes, de modo que allí no van sino las personas pertenecientes á la clase acomodada. Sin embargo, como los extranjeros acaudalados abundan en el Cairo, el teatro se pone siempre de bote en bote, lo que no impide que el virey tenga que hacer grandes gastos de su bolsillo, pues sobre ser el teatro pequeño, el lujo que se despliega en el foro es superior á todo elogio.

Ví aquella noche el «Elixir de amor,» que fué perfectamente desempeñado por una excelente compañía italiana. Concluida la ópera siguió el baile, que fué la «Giocoliera,» cuya música compuesta por Verdi, es jubilosa y arrebatadora. El cuerpo coreográfico era escogido, y las bailarinas de primer orden; de manera que aunque había visto ya repetidas veces la «Giocoliera» en Niza, me pareció que por primera vez la miraba, por la maestría con que fué desempeñada. Sobre todo, atónito me dejaron el lujo inmenso de las decoraciones y trages, y la grandiosidad del aparato. Los bosques que figuraban en la escena eran formados realmente de árboles y plantas, y las fuentes que ordinariamente se representan arrojando tiras de papel plateado en vez de agua, eran verdaderamente de mármol y arrojaban á torrentes el agua cristalina en hermosos juegos, que formaban mil cambiantes al reflejo de las innumerables luces que alumbraban el recinto.

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID  
CAPILLA ALFONSIÑA



Esta suntuosidad, enteramente oriental, no la vi jamás desplegada en ningún país de la Europa, ni en la opulenta Inglaterra, ni en la emprendedora Francia, ni en la artística Italia; verdad es que cuesta sumas enormes al virrey, pues el déficit que resulta en la empresa, él lo cubre de su tesoro particular. Pero esto nada importa á Ismail-Pashá, que se siente feliz con semejantes espectáculos. Pues el Khédive, educado en París, ama con delirio la música europea, y no puede pasarse sin ella. Dicese asimismo que, aunque soberano, se fastidia soberanamente en Egipto, que encuentra el país demasiado soso, y que por esto protege tanto á los europeos y hace cambiar la faz á sus estados, pues,—se agrega,—de buen gana se rodearía de una Europa en miniatura.

Es esta también la razón por que los mahometanos fanáticos ponen el grito en el cielo y esperan de un momento á otro mirar caer sobre el Egipto otras siete plagas como las del tiempo de Faraon. La nación, á pesar de los fanáticos, prospera y se civiliza, y los hechos dan el mejor testimonio en favor del Khédive y sus gustos. Porque sin duda ninguna, el trabajo europeo que el gobierno protege, ha dado vida al comercio, la industria y la ciencia en estas regiones.

Y es que la hora de la regeneración del pueblo egipcio ha sonado ya en el reloj de la eternidad, y Dios quiere que aun los caprichos de los gobernantes contribuyan para la realización de su plan divino. Ismail-Pashá no hace más que seguir el ejemplo que le dejó su abuelo el gran Mohammed-Ali, atrayendo la Europa á esta tierra para extender hasta las riberas del Nilo los beneficios de una civilización ya cumplida. De esta manera también, no solamente progresa materialmente el país, sino que se prepara á recibir nuevamente la luz del Evangelio, que en los primeros siglos del cristianismo brilló con sus más puros resplandores, sobre sus hijos, que han servido y servirán por siempre de edificación al género humano. Allí está, si no, la Tebaida, patria de santos, tierra feliz donde se practicaron eminentes virtudes con regocijo del cielo.

El Egipto, país clásico en cuyo cielo comenzó á brillar antes que en ningún otro, la aurora de la civilización, llegó á caer en la más abyecta barbarie, y ha sido necesario el trascurso de muchos siglos para que haya venido un genio á decir á su pueblo aletargado: «¡alerta!» La humanidad se ha llenado de júbilo al ver levantarse de su tumba este gigante y glorioso Lázaro, que va desatando por su propia mano las ligaduras de la ignorancia y las preocupaciones que lo tenían inmóvil. Porque el prestigio de esta noble tierra fué tan grande en lo antiguo, que no han sido parte para eclipsarlo las desgracias de miles de años que han ido amontonando en ella ruinas sobre ruinas.

Los conquistadores de Egipto en todo tiempo, no han tenido otra mira que esquilmar las inmensas riquezas del país y embrutecer al pueblo por medio de la tiranía ó de la molición, háyanse llamado griegos, romanos, vándalos, mamelucos ó sarracenos. Pero la Europa que hoy invade pacíficamente este suelo, tiene por misión providencial plantear en él la ilustración, la grandeza y la prosperidad, para que la patria de los Faraones vuelva á ocupar el lugar que le corresponde á la cabeza de las naciones más adelantadas. La historia debe escribir con caracteres de luz el nombre de Mohammed-Ali, macedonio ilustre que ha obrado la resurrección de un pueblo, y la de su nieto Ibrahim-Pashá, que apartando á su paso los obstáculos del fanatismo musulmán que detuvieron á los sucesores de Mohammed, ha tenido bastante genio y audacia bastante para proseguir la gloriosa obra de su abuelo.

De este cambio efectuado en el Egipto debe congratularse sobre todo la verdad religiosa; porque las civilizaciones, siendo hijas de las ideas, son siempre religiosas en su expresión y en sus efectos. La civilización europea es fruto del cristianismo, y donde quiera que ella vaya tiene que engendrar hijos cristianos, por la naturaleza misma de las cosas. Las naciones infieles que la llaman, son grandes neófitos que sienten la necesidad de satisfacer los deseos de su alma, con el goce de la verdad augusta, y sin saberlo ellas mismas, de día en día se disponen para recibir el bautismo.